LA PROVINCIA DE ORAN

CAPILLA ALFONSINA

La provincia de Orán

Para ir de Argel á Orán se necesita un día de tren.

Se atraviesa primero la llanura de Mitidja, fértil, sombreada, poblada. Tal región es la que se enseña á un recién llegado para patentizar la fertilidad de nuestra colonia. Cierto que la Mitidja y la Kabilia son dos admirables comarcas. Actualmente la Kabilia está más poblada que el departamento de Pas-de-Calais y poco le falta para ello á Mitidja. ¿Qué se quiere colonizar en tales puntos? Ya hablaré de ello.

El tren rueda, adelanta, desaparecen las llanuras cultivadas; el suelo aparece desnudo y rojizo, es el verdadero suelo de Africa. El horizonte, estéril y

CAPILLA ALFONSINA

ardiente, se ensancha. Seguimos el inmenso valle de Chelif encerrado entre montes desolados, requemados, grises, sin un árbol, sin una hierba. De cuando en cuando la línea de los montes baja, se entreabre como para mostrar mejor la esterilidad del suelo abrasado por el sol. Un espacio enorme, plano, se extiende á lo lejos, limitado por la línea casi invisible de una cordillera envuelta en brumas. En las incultas cimas se elevan de trecho en trecho unos puntos blancos, redondos, á guisa de huevos disformes puestos por gigantescas aves. Son templos elevados en honor de Allah.

En la amarilla interminable llanura á veces se advierte un grupo de árboles, hombres que están en pie, europeos bronceados por el sol que miran pasar el tren. Y allí cerca, como hongos desmesurados, aparecen unas tiendas de campaña de las que salen unos soldados barbudos. Es una aldea de agricultores protegida por un destacamento de tropa.

Luego, en la extensión de tierra estéril, tan lejos que apenas se ve, se distingue una especie de humareda, una nube ligera que sube hacia el firmamento y parece correr por el suelo. Es un jinete que levanta, bajo los pies de su caballo, remolinos

de polvo fino y abrasador. Cada una de aquellas nubecillas indica que por la llanura corren hombres cuyo albornoz blanco apenas si se columbra.

De cuando en cuando surgen campamentos de indígenas. Apenas si se advierten aquellos aduares que se levantan al borde de un barranco seco, donde los muchachos hacen pacer algunas cabras, carneros ó vacas, si vale la palabra «pacer» aplicada á un sitio donde casi no crece ninguna hierba. Las tiendas de tela parda, rodeadas de zarzas secas, se confunden con el color uniforme del suelo. En el terraplén de la línea un hombre atezado, con las piernas desnudas, secas, sin pantorrillas, envuelto en harapos que fueron blancos, contempla gravemente el monstruo humeante que avanza hacia él.

Más allá aparece un grupo de nómadas en marcha. La caravana adelanta entre el polvo, levantando gran polvareda. Las mujeres y los niños van montados en borricos ó caballos de poca alzada y algunos jinetes cabalgan á vanguardia con gran gallardía y nobleza.

Y así durante leguas y leguas. En las estaciones del tren hay aldeas europeas con casas parecidas á las de Reuil ó Nanterre, algunos árboles resecos en torno, uno de los cuales sostiene una bandera tri-

color por ser el 14 de Julio, y con un gendarme en la puerta de salida igual á los gendarmes de Nanterre ó de Reuil.

El calor es intolerable. No se puede tocar, ni aun dentro del vagón, ningún objeto de metal. El agua de las cantimploras escalda la boca. El aire que penetra por la ventanilla parece salir de la boca de un horno. En Orleansville el termómetro marca cuarenta y nueve grados á la sombra.

Se llega á Orleans á la hora de la comida.

Orán es una verdadera ciudad europea, de gran comercio, más española que francesa, y poco notable. En la calle se ven lindas muchachas de ojos negros, color trigueño y blancos dientes. Cuando hace buen tiempo se ve el suelo de España, de su patria.

Apenas se ha puesto el pie en tierra africana se siente el deseo imperioso de ir más lejos, hacia el sur.

Tomé, pues, billete para Saida y subí al ferrocarril de vía estrecha que sube á las altas mesetas. En torno de esa ciudad ronda, con sus jinetes, el invisible Bu-Amema.

Después de algunas horas de marcha se llega á las primeras estribaciones del Atlas. El tren sube,

resopla, apenas anda, serpentea por el flanco de áridas colinas y pasa junto á un lago inmenso, formado por tres riachuelos, que cierra la famosa presa del Habra. Un muro colosal, largo de quinientos metros, detiene, suspendidos sobre una llanura inmensa, catorce millones de metros cúbicos de agua.

(Esta presa cedió al año siguiente anegando centenares de hombres y arruinando toda una comarca. Era precisamente en la época en que se hacía una suscripción en favor de unos españoles ó húngaros, y nadie se cuidó de ese desastre francés).

Pasamos luego por estrechos desfiladeros entre dos montañas que parecen haber sido incendiadas recientemente, según lo rojas y desnudas que están; damos la vuelta á picos enormes, seguimos á lo largo de suaves pendientes, ejecutamos rodeos de diez kilómetros para evitar un obstáculo, y luego nos precipitamos á toda velocidad en una llanura, desviándonos de vez en cuando de la recta, como para continuar la costumbre tomada.

Los vagones son pequeños, la máquina como la de un tranvía. A veces parece extenuada, estertora, gime, rabia, va tan despacio que podría seguírsela al paso, y de repente, arranca con furia.

Toda la comarca es árida y desolada. El rey de

Africa, el Sol, el feroz asolador se ha comido la carne de aquellos valles, dejando únicamente la piedra y un polvo rojo donde no puede germinar ni una planta.

Saida es una pequeña ciudad á la francesa que parece habitada únicamente por generales. A lo menos son diez ó doce y siempre parecen estar de conciliábulo.

Dan ganas de decirles:

—¿Dónde está hoy Bu-Amema, mi general?

Los paisanos parecen respetar muy poco á los militares.

La hostería es bien mala. Me acuesto en un jergón que hay en un cuarto enjalbegado. El calor es intolerable. Cierro los ojos para dormir.

¡Ay! Tengo la ventana abierta que da á un patinillo. Oigo ladrar á los perros. Están lejos, muy lejos, y parecen contestarse unos á otros. Pronto se acercan, llegan; ya están junto á las casas, en las viñas, en las calles. Son quinientos, quizá mil, hambrientos, feroces. Son los perros que en las altas mesetas guardaban los campamentos de los españoles. Desaparecidos ó muertos sus dueños, los animales rondan por los contornos muriéndose de hambre, y al topar con la ciudad la rodean como

un ejército. De día duermen en los barrancos, bajo las rocas, en los agujeros de las montañas; y apenas anochece, entran en Saida para comer.

Los hombres que vuelven tarde á su casa, tienen que llevar el revólver en la mano, porque les siguen y olfatean veinte ó treinta perros amarillentos, semejantes á zorras.

Ladran ahora de un modo continuo, espantoso, capaz de volver loco á cualquiera. Luego, se oyen otros gritos, aullidos débiles; son los chacales que llegan; y á veces sólo se oye una voz más fuerte y rara, la de la hiena, que imita al perro para atraerle y devorarle.

Aquella algarabía dura hasta el amanecer.

Saida, antes de la ocupación francesa, estaba protegida por una fortaleza que edificara Abd-el-Kader. La ciudad nueva está en un valle rodeado de montes pelados. Un riachuelo que casi se puede saltar á pies juntillas, riega los campos, cerca de los cuales crecen hermosas viñas.

Hacia el sur las montañas vecinas tienen el aspecto de una pared y son las últimas gradas que llevan á las altas mesetas.

A la izquierda se yergue un peñasco de color rojo encendido, de unos cincuenta metros de alto,

y que tiene en la cima restos de obras de fábrica. Aquellas minas es todo lo que queda de la Saida de Abd-el-Kader. Este peñasco visto de lejos parece que adhiere á la montaña; pero si se sube á él, se queda uno admirado y sorprendido. Un barranco profundo abierto entre la roca cortada á pico, separa el antiguo reducto del emir de la cercana montaña. Esta es de piedra rojiza que muestra las huellas de las lluvias de invierno en forma de profundas quiebras. Por el barranco corre el riachuelo entre un bosque de adelfas. Desde arriba parece aquello una alfombra oriental tendida en un corredor. El tapiz de flores parece interrumpido, manchado únicamente por los tonos verdes de las hojas que á veces predominan sobre la masa rosada.

Se baja á este valle por un camino de cabras. El riachuelo que allí llaman río (el Oued-Saida) y que es para nosotros un arroyuelo, bulle entre piedras bajo los arbustos floridos, salta peñascos, espumea, ondula y murmura. Sus aguas son calientes, casi queman. Enormes cangrejos corren por las márgenes con singular rapidez levantando sus pinzas en cuanto me ven. Grandes lagartos verdes desaparecen entre hojarasca. A veces una culebra se desliza entre las guijas.

El torrente se estrecha como si quisiera cerrarse. Un gran ruido que oigo sobre mi cabeza me hace estremecer. Es un águila que sorprendida sale del nido y se eleva dando aletazos lentos y fuertes, tan grande, que parece tocar con la punta de las alas ambas paredes.

Al cabo de una hora se llega al camino que va hacia Ain-el-Hadjar, subiendo la polvorienta cuesta.

Delante de mí, una anciana con sayas negras y cofia blanca, anda encorvada llevando en el brazo izquierdo una cesta, y sosteniendo con el otro, á guisa de sombrilla, un inmenso paraguas rojo.

¡Una mujer aquí! Admiraba ver una campesina en aquella triste comarca donde sólo se ve á las negras esbeltas relucientes vestidas de colores chillones, y que dejan al pasar un olor á carne humana capaz de dar asco al estómago más sólido.

La vieja, extenuada, se sentó en el polvo, jadeando bajo aquel calor tórrido. Tenía el rostro arrugado con mil arrugas como las que se hacen en los vestidos que se fruncen en la cintura, y el aspecto cansado, desesperado, lamentable.

Le hablé. Era una alsaciana á quien enviaron á aquellos países desolados junto con sus cuatro hijos al terminar la guerra. Me preguntó:

CAPILLA ALFONSINA

—¿Viene usted de allá?

Aquel «allá» me oprimió el corazón.

—Sí.

Se echó á llorar. Luego me contó su historia que era bien sencilla.

Les habían prometido tierras, y la madre y los hijos acudieron. Tres de aquellos habían perecido en el mortífero clima. Sólo le quedaba uno, pero enfermo. Sus campos nada les producían aunque eran grandes, porque no tenían una gota de agua.

La vieja repetía:

—Ceniza, caballero, todo es ceniza. ¡No se puede recoger ni una col, ni una col, ni una col!

Parecía fijarse en aquella idea de una col, que debía representar para ella toda la dicha terrestre.

No he visto nada tan doloroso como aquella pobre mujer de Alsacia desterrada en aquel suelo de fuego donde no crece ni una col. ¡Cuán á menudo debía pensar en el país perdido, en el país verde de su juventud la pobre viejecilla!

Al dejarme, añadió:

—¿Sabe usted si darán tierras en Túnez? Dicen que aquello es mejor. Siempre será mejor que esto. Quizá allí se ponga bueno mi hijo.

Los colonos franceses instalados allende el Tell deben decir lo mismo que los de Orán.

Sentía deseos de ir más allá; pero como ardía la guerra en todas partes, no podía aventurarme solo. Se me ofreció una ocasión, la de un tren que iba á llevar provisiones á las tropas acampadas á lo largo de los *chotts*.

Era un día de siroco. Desde la mañana se levantó viento del sur secando la tierra con su soplo lento, devorador, pesado.

A las siete se puso en marcha el convoy, llevando dos destacamentos de infantería con sus oficiales, tres vagones-cisternas llenos de agua, y los ingenieros de la compañía, pues desde hacía tres semanas, ningún tren había llegado hasta el extremo de la línea, que podían haber destruído los árabes.

La máquina *Hiena* arranca con ruido y se adelanta rectamente hacia la montaña, como si quisiera penetrar dentro de ella. Luego de pronto describe una curva, se hunde en un estrecho valle, tuerce bruscamente, y vuelve á pasar á cincuenta metros encima del sitio en que estaba hace poco. Da una nueva vuelta, traza circuitos unos sobre otros, sube siempre en zig-zag, trazando enmarañada curva que llega á la cima del monte.

He aquí grandes edificios, chimeneas de fábricas, una especie de ciudad abandonada. Son los magní-

CAPILLA ALFONSINA

ficos talleres de la Compañía Franco-Algerina. Allí se preparaba el esparto antes del asesinato de los españoles. Aquel sitio se llama Ain-el-Hadjar.

Subimos más. La locomotora resopla, resuella, modera su marcha, se para, tres veces trata de volver á andar y las tres no puede. Retrocede para tomar impulso, pero queda sin fuerza en mitad de la pendiente harto rápida.

Entonces los oficiales hacen bajar á los soldados que puestos en fila á lo largo de la vía, empujan el tren. Marchamos lentamente á paso de hombre. Se ríe, se bromea; los soldados se ríen de la máquina. Por fin llegamos. Ya estamos en las altas mesetas.

El maquinista, con el cuerpo inclinado hacia fuera, mira la vía que puede estar cortada; nosotros inspeccionamos el horizonte muy atentos, fijándonos mucho cuando se ve alguna polvareda que parece indicar que se acerca un jinete. Llevamos fusiles y revólvers.

A veces un chacal escapa al vernos; un enorme buitre toma vuelo, abandonando la carroña de un camello casi destrozado; y unas gallinas de Cartago que parecen perdices, se esconden en los grupos de palmeras enanas.

En la estación de Tafraua hay dos compañías de

línea acampadas. Aquí han perecido muchos españoles.

En Kralfallah hay una compañía de zuavos que se fortifica á toda prisa, haciendo barricadas con railes, vigas, postes telegráficos, fardos de esparto, todo lo que tienen á mano. Allí almorzamos, y los tres oficiales, jóvenes y alegres, el capitán, el teniente y el subteniente, nos ofrecen café.

El tren vuelve á marchar. Corre sin cesar por una llanura ilimitada que las matas de esparto hacen parecer á un mar tranquilo. El siroco se hace intolerable y nos echa al rostro el aire inflamado del desierto; y, á veces, en el horizonte aparece una forma vaga. Diríase que es un lago, una isla; parece que se ven rocas dentro del agua; es el espejismo. En un terraplén hay algunas piedras calcinadas y el esqueleto de un hombre. Son los restos de un español. Luego se ven otros camellos muertos, destrozados por los buitres.

Se atraviesa un bosque. ¡Qué bosque! Un océano de arena donde algunas raras matas de enebros parecen planteles de lechugas en un huerto gigantesco. En lo sucesivo ya no se ve otra planta que el esparto, que es una especie de junco de un verde azulado, que crece en matas redondas y cubre el suelo hasta donde alcanza la vista.

30519
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MONTERREY, MEXICO

A veces creemos ver un jinete á lo lejos, pero desaparece. Quizá nos hemos engañado.

Llegamos á Oued-Fallette, situado en una extensión triste y desierta.

Me alejo á pie con dos compañeros, hacia el sur. Subimos una colina baja sufriendo un calor asfixiante. El siroco parece llevar fuego en sus alas. Seca el sudor en el rostro apenas aparece, quema labios y ojos y reseca la garganta. Bajo todas las piedras hay escorpiones.

En torno del convoy detenido y que de lejos parece una gran bestia negra tendida en el suelo, los soldados cargan los carros que llegan del campamento cercano.

Luego se alejan entre el polvo, lentamente, con cansado paso, bajo el sol devorador. Se les ve mucho, mucho rato, ir hacia la izquierda; luego, sólo se ve la polvareda gris que indica el sitio por donde pasan.

Estamos sentados cerca del tren. Nada se puede tocar, todo quema. El metal de los vagones parece enrojecido al fuego. Se lanza un grito si la mano toca el acero de las armas.

Hace algunos días la tribu de los Rezaina, yendo hacia los rebeldes, atravesó este *cholt* que no pudimos alcanzar por lo adelantado de la hora. El calor fué tan grande durante el paso de ese pantano desecado, que la tribu fugitiva perdió todos sus borricos, abrasados por la sed, y dieciséis niños, que murieron en brazos de sus madres.

Silba la máquina. Abandonamos Oued-Fallette. Un notable hecho de guerra hizo célebre aquel lugar.

Había allí una colonia defendida por un destacamento del 15 de línea. Una noche se presentaron en las avanzadas dos árabes después de haber hecho diez horas á caballo con una orden urgente del general gobernador de Saida. Según costumbre, agitan una antorcha para darse á conocer. El centinela, que era un recluta recién llegado de Francia y que ignoraba las costumbres y reglas del servicio en campaña en el sur, sin haber sido avisado por los oficiales, dispara sobre los mensajeros. Los pobres diablos adelantan á pesar de todo; la guardia empuña las armas, disparan los soldados y durante un rato hacen un fuego terrible. Después de sufrir ciento cincuenta disparos, los dos árabes se retiran por fin; uno de ellos tenía un balazo en el hombro. Al día siguiente regresan al cuartel general llevando aún las órdenes consigo.

BU-AMEMA

CAPILLA ALFONSINA